

La noche no conduce al día. Arde en él. Al alba la llevan a la hoguera. Y con ella a sus gentes, los bebedores, los poetas, los amantes. Somos un pueblo de relegados, de condenados a muerte. No te conozco. Conozco a tu amigo turco, es uno de los nuestros. Poco a poco desaparece del mundo, engullido por la sombra y sus espejismos; somos hermanos. No sé qué dolor o qué placer lo ha empujado hacia nosotros, hacia el polvo de estrellas, puede que el opio, puede que el vino, puede que el amor; puede que alguna oscura herida del alma, bien oculta entre los pliegues de la memoria.

Tú deseas reunirte con nosotros.

Tu miedo y tu angustia te echan a nuestros brazos, y tratas de acurrucarte en ellos, pero tu cuerpo robusto permanece fiel a sus certezas, huye del deseo, rechaza el abandono.

No te culpo.

Habitas una prisión distinta, un mundo de fuerza y de valor donde esperas que te lleven a hom-

bros. Crees merecer la benevolencia de los poderosos, aspiras a la gloria y la fortuna. Sin embargo, cae la noche y tiemblos. No bebes porque tienes miedo, sabes que el arrebato del alcohol te abisma en la debilidad, en la irresistible necesidad de recuperar las caricias, una ternura desaparecida, el mundo perdido de la infancia, la satisfacción, la calma ante la resplandeciente incertidumbre de la oscuridad.

Creas que deseas mi belleza, la suavidad de mi piel, el brillo de mi sonrisa, la sutileza de mis articulaciones, el carmín de mis labios, pero lo que en realidad deseas sin saberlo es la desaparición de tus miedos, la curación, la unión, el regreso, el olvido. Esa potencia te devora en soledad.

Entonces sufres, perdido en un crepúsculo infinito, con un pie en el día y el otro en la noche.

Tres balas de pieles de cibelina y de marta, ciento doce *panni* de lana, nueve rollos de satén de Bérghamo, otros tantos de terciopelo florentino dorado, cinco barriles de nitrato de potasio, dos cajas de espejos y un pequeño joyero: he aquí lo que desembarca tras Michelangelo Buonarroti en el puerto de Constantinopla el jueves 13 de mayo de 1506. Apenas la fragata está amarrada, el escultor salta a tierra firme. Vacilante tras seis días de fatigosa navegación. No hay constancia del nombre del drogmán griego que le está esperando, llamémosle Manuel; en cambio sí se conoce el del comerciante que le acompaña, Giovanni di Francesco Maringhi, florentino instalado en Estambul desde hace ya cinco años. Las mercaderías le pertenecen. Es un hombre afable, contento de conocer al escultor del *David*, ese héroe de la república de Florencia.

Evidentemente, entonces Estambul era muy distinta. Para empezar se llamaba Constantinopla. Santa Sofía reinaba en solitario sin la Mezquita Azul,

la orilla oriental del Bósforo estaba desolada, el gran bazar todavía no era esa inmensa telaraña en la que se pierden los turistas del mundo entero para que los devore. El Imperio ya no era romano, ni era todavía el Imperio; la ciudad basculaba entre otomanos, griegos, judíos y latinos; el sultán tenía por nombre Beyazid, el segundo, apodado el Santo, el Piadoso, el Justo. Florentinos y venecianos le llamaban Bajazeto, los franceses Bajazet. Era un hombre sabio y discreto que reinó treinta y un años; gustaba del vino, de la poesía y de la música; no le hacía ascos a los jovencitos ni tampoco a las jovencitas; apreciaba las ciencias y las artes, la astronomía, la arquitectura, los placeres de la guerra, los caballos rápidos y las armas afiladas. Se desconoce qué lo llevó a invitar a Miguel Ángel Buonarroti, de los Buonarroti de Florencia, a viajar a Estambul, aunque el escultor ya gozaba en Italia de una gran fama. A sus treinta y un años, muchos veían en él al mayor artista de todos los tiempos. A menudo lo comparaban con el inmenso Leonardo, veinte años mayor que él.

Aquel año Miguel Ángel dejó Roma por un arrebatado el sábado 17 de abril, víspera de la colocación de la primera piedra de la nueva basílica de San Pietro. Ya había ido cinco veces seguidas a rogarle al papa que honrase su promesa de dinero en metálico. Lo echaron de allí.

Miguel Ángel se estremece bajo su abrigo de lana, la primavera es tímida, lluviosa. Según nos cuenta Ascanio Condivi, su biógrafo, Michelangelo Buonarroti llega a las fronteras de la república de Florencia bien entrada la noche. Se detiene en un hostel a treinta leguas de la ciudad.

Miguel Ángel echa pestes de Julio II, el papa guerrero y autoritario que tan mal lo ha tratado. Miguel Ángel es orgulloso. Miguel Ángel es consciente de ser un artista de importancia.

Cuando está seguro de hallarse en territorio florentino, despide a los esbirros que el papa ha enviado tras él con orden de hacerlo volver a Roma, si es necesario a la fuerza. Llega a Florencia al día

siguiente a la hora de cenar. Su criada le sirve un caldo escaso. Miguel Ángel insulta mentalmente al arquitecto Bramante y al pintor Rafael, los dos envidiosos que, según él cavila, han intrigado en su contra ante el papa. También el pontífice Julio della Rovere es un orgulloso. Orgulloso, autoritario y mal pagador. Al artista le ha tocado poner de su bolsillo el dinero para los mármoles que fue a seleccionar a Carrara para la tumba papal, un inmenso monumento que debería reinar en medio de la nueva basílica. Miguel Ángel suspira. El adelanto que le entregó el papa a la firma del contrato se ha agotado en materiales, en desplazamientos, en aprendices para escuadrar los bloques.

El escultor, agotado por el viaje y las cavilaciones, y tras entrar un poco en calor gracias al caldo, se arroja en su cama minúscula de hombre renaciente y se duerme sentado, la espalda contra un cojín, pues tiene miedo de la imagen de muerto que confiere la posición tendida.

El día siguiente espera un mensaje del papa. Se estremece de rabia solo de pensar que el pontífice, la víspera de su partida, ni siquiera se dignó recibirlo. Bramante el arquitecto es un imbécil, y Rafael el pintor un presuntuoso. Dos enanos que halagan la desmesurada soberbia del purpurado. Luego llega el domingo y Miguel Ángel come carne por primera vez en varios meses, un cordero delicioso cocido por su vecino el panadero.

Dibuja durante todo el día, sin apenas darse cuenta gasta tres sanguinas y dos minas de plomo.

Pasan los días. Miguel Ángel comienza a preguntarse si no habrá cometido un error. Duda sobre si escribir una carta a Su Santidad, recuperar su confianza y regresar a Roma. Jamás. En Florencia, la estatua de *David* lo ha convertido en el héroe de la ciudad. Le bastaría con aceptar los encargos que, al conocerse su vuelta, a buen seguro no le faltarán, pero eso desencadenaría la furia de Julio, pues ya se ha comprometido con él. La idea de verse obligado a humillarse una vez más ante el pontífice provoca en él un acceso de furia.

Rompe dos vasos y un plato de mayólica.

Luego, ya más tranquilo, vuelve a ponerse a dibujar, mayormente estudios de anatomía.

Tres días más tarde, después de las vísperas, precisa Ascanio Condivi, recibe la visita de dos monjes franciscanos que llegan empapados por culpa del chaparrón. Estos últimos días el Arno ha crecido mucho, se teme una riada. La sirvienta ayuda a los monjes a secarse. Miguel Ángel observa a los

dos hombres, sus ropas maculadas de lodo en el dobladillo, sus tobillos desnudos, sus magras pantorrillas.

—Maestro, venimos a transmitirle un mensaje de la mayor importancia.

—¿Cómo habéis dado conmigo?

Miguel Ángel piensa divertido que Julio II los ha enviado bien menesterosos.

—Gracias a las indicaciones de vuestro hermano, maestro.

—He aquí una carta para vos, *maestro*.^{*} Se trata de una propuesta singular, procede de un personaje de suma importancia.

La carta no está cerrada, sino sellada por unos caracteres desconocidos. Cuando advierte que no se la envía el papa, Miguel Ángel no puede evitar sentirse decepcionado. Deja la misiva sobre la mesa.

—¿De qué se trata?

—De una invitación del sultán de Constantinopla, maestro.

^{*} En italiano en el original. En lo sucesivo, mantenemos la cursiva del original para indicar las veces que «maestro» aparece en italiano. (N. del T.)

Cabe imaginar la sorpresa del artista, sus pequeños ojos totalmente abiertos. El sultán de Constantinopla. El Gran Turco. Juguetea con la carta entre sus dedos. El papel encerado es una de las materias más suaves que existen.